



LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ  
QUE SE VENERA EN LA CATEDRAL DE LEÓN (MÉJICO)

#### CAPÍTULO IV

#### La Madre Santísima de la Luz

SUMARIO.—I Ciudad privilegiada. II. Artista desacertado. III. Retrato directo de la Madre de Dios. IV. La Madre Santísima de la Luz en Méjico. V. La Catedral. VI. La Coronación.

##### I CIUDAD PRIVILEGIADA

León es una hermosa ciudad, la más importante del estado de Guanajuato, de cuya capital dista cincuenta y cinco kilómetros. Hállase construida en el centro de dilatado valle á una altura de 1912 metros sobre el nivel del mar, y ofrece bellissimo panorama á los ojos del viajero que llega á visitarla. Su perimetro es muy extenso, y se halla dividido en 36 manzanas con unas ocho mil casas y quinientas cuadras (1). Entre sus edificios más notables descuellan la Catedral, la Casa Municipal, el antiguo Seminario, el Mercado y el Hotel de las Delicias. Cuenta con cerca de noventa mil almas. Su clima es templado en el invierno; y, aunque en el verano se dejan sentir los efectos del calor, éste no es excesivo; de aquí que los campos y haciendas que la rodean sean fertilísimos y produzcan frutos abundantes y delicados. Pero más que la agricultura le prestan riqueza y animación gran número de fábricas de tejidos y calzado.

(1) Medida de América de unos 400 pies.



Fué fundada en el año 1576, siendo gobernador de Nueva España D. Martín Enriquez de Almansa. De los días gloriosos que recuerda su interesante historia, figura en primera línea el 2 de Julio de 1732.

Esta fecha ha quedado grabada con caracteres indelebiles en las páginas de sus anales y mucho más en los corazones de sus moradores, de suerte que cada año celebran el aniversario con solemnísima función religiosa.

En el citado día la entonces villa de León se adornó de gala. Las calles semejaban elegantes jardines merced á la profusión de flores que lucían sus corolas de variados matices. Las campanas eran echadas á vuelo, convocando á los fieles á presenciar un suceso extraordinario. Músicas marciales resonaban por doquiera. Todo era regocijo y alegría. ¿De qué se trataba?

De recibir la más preciosa joya que debía quedar guardada dentro de sus muros, el cuadro de la Madre Santísima de la Luz, que la misma soberana Virgen había manifestado con señales patentes, regalaba á la afortunada León, como testimonio de que era su especial Patrona y Abogada. Justamente se mostraba ufana León, pues escasos pueblos de la tierra habían merecido tal prenda de cariño.

En brillante procesión fué conducida la santa imagen escoltada por el pueblo en masa, á la iglesia que tenían los Padres de la Compañía de Jesús, los cuales hacía no más un año que se habían establecido con el propósito de abrir un colegio para la enseñanza de la juventud mejicana. Esta iglesia se llamó *La Santa Escuela* y fué derribada en 1901 para dar lugar al esbelto y artístico templo de estilo ojival, que en el mismo sitio levantan á su excelsa Titular los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.

En esa modesta capilla permaneció la santa imagen hasta el 23 de Febrero de 1864, en que fué trasladada

á la parroquia del Sagrario, que servía interinamente de catedral, dispensando antes y después singulares mercedes á cuantos afligidos llegaban á implorar sus ternuras maternas. Como es una de las imágenes de María más célebres y veneradas de Méjico, referiremos con algunos detalles su origen y culto.

## II

## ARTISTA DESACERTADO

Á consecuencia de repetidos trastornos políticos, la fe y buenas costumbres habían decaído en sumo grado á principios del siglo XVIII en la isla de Sicilia y especialmente en su capital, la bella ciudad de Palermo. Doctos y celosos misioneros se consagraron á anunciar la palabra de Dios invitando á las almas á que hiciesen penitencia; pero bien pronto se desanimaban en vista del escasísimo fruto que recogían. Uno de estos varones apostólicos, el P. Juan Antonio Genovessi, hijo ilustre de la Compañía de Jesús, que durante veinte años dejó oír los acentos de su voz en varias regiones de Italia, juzgó que el medio más eficaz para convertir los pecadores, era poner sus correrías evangélicas bajo la protección de la Santísima Virgen.

Sabía por las sentencias de los Santos Padres y por una experiencia de largos años de ministerio, que María es el imán más poderoso para atraer á los extraviados, que Dios la ha destinado para que se salven por su misericordia aquéllos á quienes Él se ve forzado á rechazar por su justicia. Es imposible que se condene aquella alma por la cual una vez siquiera se hubiere interesado María. *Aeternum vae non sentiet, pro quo semel oraverit Maria*, nos dijo San Anselmo. En su ardiente celo creyó el P. Genovessi que nada movería



tanto aun á los corazones más empedernidos, como una pintura de la que la Iglesia llama *consuelo de los afligidos y refugio de los pecadores*; y entrando en la realización de tan feliz y saludable pensamiento, deseó tener una imagen de la celestial Señora, que la representase radiante de hermosura y que con su dulce mirar robase los corazones de cuantos la contemplaran. Mas ¿dónde encontrar una imagen tal cual la ideaba su ardiente imaginación? El amor no conoce imposibles; y así el P. Genovessi, que estaba tiernamente enamorado de María, no desmayó ante las dificultades. Después de muchos planes que concebía para llevar á cabo su acariado proyecto, determinó acudir á una ejemplar religiosa desconocida del mundo, pero cuya alma purísima estaba enriquecida con las perlas de las virtudes. Tenía noticia de que esta sierva de Dios era favorecida por la Virgen Inmaculada con maravillosas apariciones y suavísimos coloquios. Juzgó pues, que nadie era tan á propósito como ella para alcanzar de la divina Madre se dignara indicar el título con que debía invocarla y la forma más de su agrado en que había de ser presentada á la veneración de los fieles. La buena religiosa prometió al Misionero satisfacer sus laudables deseos, que habían de redundar en tanta gloria de Dios.

Una mañana, dando gracias después de la Comunión en un ángulo de la iglesia, vió venir hacia sí á la gran Señora con semblante tan gracioso y amable que parecía excederse á sí propia; jamás se le había presentado con semejante aparato de belleza y de gloria; por lo cual quedó altamente sorprendida. Del rostro de la Virgen salían resplandores que eclipsaban los mismos rayos del sol. La iglesia apareció bañada de una luz tan viva, que no podía concebir fuese mayor la claridad del día eterno de la gloria. Y los rayos de aquel piélago de luz, sin ofuscarle los ojos, descendían hasta su cora-

zón, y lo encendían en llamas de ardentísima caridad, y lo derretían de suavísimo júbilo. En aquel rostro soberano parecían reír todas las flores del paraíso. Alados serafines sostenían sobre la cabeza de su Reina triplicada diadema imperial. Vestía túnica blanca como el ampo de la nieve y más esplendente que el astro del día. Esmaltada faja de flores ceñía graciosamente su cintura, y de sus hombros pendía manto azul. Nubes de ángeles y serafines escoltaban á su dulce Reina, y parecía que tenían santa emulación por servirla. Pero lo que más enajenaba y arrebatava el alma y los sentidos de la afortunada religiosa, era contemplar el semblante afable y risueño de la Señora; pues nunca se le había mostrado tan amorosa y tierna. Y subía de punto su admiración al ver que en esta ocasión no se presentó sola la Virgen, sino que traía en el brazo izquierdo á su divino Hijo en forma de graciosísimo Niño. Atónita ante semejante espectáculo y no pudiendo contener su entusiasmo y la avenida de dulcísimas lágrimas en que sentíase anegada, exclamó: ¿cómo á mí, indignísima criatura, favores tan singulares? Y ¿porqué, soberana Señora, me favorecéis con vuestra presencia y con extraordinario aparato de luces y hermosura? Y ¿porqué al placer de dejarme ver vuestro celestial semblante añadís el júbilo mayor y más vivo de mostrarme á vuestro divino Hijo que resplandece en vuestro regazo y con bondad inefable me excita á esperar de él y de vuestra bondad un singular beneficio?—¿Cómo? respondió entonces la Santísima Virgen. Pues ¿no te acuerdas de la súplica que me has de hacer á nombre de aquel misionero, que con tanta instancia te rogó? Quiero favorecerle; y para consolarle, te me he aparecido hoy con tanta abundancia de luces y de clemencia, previniendo benigna su deseo: dile que me es grato su obsequioso pensamiento; que tomo bajo mi protección su apostólico ministerio, y que



quiero ser retratada en la forma que ahora me ves. Observa bien mi actitud, mírame atentamente.—Al pronunciar estas últimas palabras se inclinó un poco é hizo ademán de coger con su diestra un alma pecadora, que iba ya á sepultarse en la honda garganta del infierno. Miraba la religiosa con vivísimo interés, de suerte que se le quedaron indeleblemente impresas en la imaginación las arrobadoras facciones y la actitud de la Señora, para poder dar al artista la imagen que debía trasladar á la tela. Pero entonces recordó, que el primer designio del Misionero era que se representasen en el cuadro los corazones de los pecadores ofreciéndose de algún modo á la Santísima Virgen, para significar que á ella se debía su conversión. Por esto suplicó humildemente á la Señora manifestase si la idea merecía su beneplácito. Á lo cual se dignó responder: «Apruebo el designio, y quiero que con tus propios ojos veas cómo se ha de ejecutar el pensamiento». Inmediatamente un ángel hincó humildemente la rodilla ante ella, presentándole un canastillo lleno de corazones. El divino Niño, que estaba sentado en el brazo de su Madre, los cogía de uno en uno, y con su contacto los purificaba y encendía en llamas de caridad. «Anda ahora, dijo entonces María á la religiosa, procura que se me retrate en la forma que has visto, y que se me invoque con la divisa de *Madre Santísima de la Luz*». Tres veces le repitió el mandato, encargándola que no se olvidase que quería ser conocida con el título de *Madre Santísima de la Luz*, y asegurándole que los prodigios que por su medio iba á obrar serían la prueba más cierta de su aprobación y complacencia.

Desvaneciése la visión, y la religiosa hizo declaración minuciosa al P. Genovessi de todo el suceso; el cual la oyó con profundas muestras de amor y gratitud, y en el acto buscó un artista, á quien encargó que á la bre-

vedad posible y poniendo en juego todas las luces de su ingenio, pintase una imagen con todos los detalles que le sugirió. Bien fuese porque la voz del P. Genovessi no estuvo bastante elocuente para revelar al artista los pormenores con que la Divina Madre se había aparecido, ó por astucia del demonio, que preveía las almas que le habia de arrebatarse la clemencia de María por medio de su prodigiosa imagen, lo cierto es que el cuadro no resultó exacto y el trabajo del artista estuvo muy lejos de satisfacer al Misionero. Se le notaron tres defectos de no escasa entidad: el aumento de una media luna á los pies de la Señora, la omisión de los grupos de ángeles que la rodeaban alegres y obsequiosos y el cambio de color de la túnica, pues aparecía roja en vez de ser blanca.

### III

#### RETRATO DIRECTO DE LA MADRE DE DIOS

La religiosa tenía su residencia en un convento algo lejano de Palermo donde moraba el pintor. Apareciósele un día la Santísima Virgen y le dijo: —Y bien: ¿qué haces aquí, perezosa, en un tiempo en que yo necesito de tí en Palermo, para un negocio en que se interesa mi gloria?—Á lo cual respondió la humilde sierva de Dios: —¿Cómo podré ser instrumento de vuestra gloria, Señora mía, si soy vilísima criatura é inútil esclava vuestra? Y ¿no sabéis mejor que nadie los lazos que me tienen atada á este sitio y me impiden salir á otro lugar? —No importa, replicó María; te he elegido para perfeccionar una obra de la cual me resultará mucha gloria, y para eso irás en breve á Palermo. La divina Providencia dispondrá que cesen los impedimentos ó cedan á mayor urgencia.—Dichas estas frases desapa-



reció. Poco tiempo después la sierva de Dios fué acometida de acerbo dolor de pecho que casi no la dejaba hablar ni respirar. Tenía el mal una cosa singular, y es que cesaba cuando la paciente hablaba con el director de su conciencia. Los facultativos fueron en esta ocasión los instrumentos de que se valió la Providencia para llevar á cabo sus designios. Trasládose, en efecto, la religiosa á la capital de la isla, y en el acto y sin medicina de ninguna especie, quedó sana como por ensalmo.

Acordóse de que en esta ciudad vivía el pintor encargado del cuadro de la Madre Santísima de la Luz, y fué á visitarle. Al contemplar la pintura no pudo contenerse y exclamó: —¡Ay! no es esto lo que agrada á la Virgen, ni es la forma en que se dignó aparecérseme. —De igual manera pienso yo, dijo el P. Genovessi, que también se hallaba presente. Lo que á vos os dicen ahora los ojos, hace tiempo me lo decía á mí el corazón. Repetid vuestra súplica á la Soberana Señora y preguntadle si ordena que se haga nuevo retrato ó se enmiende el que está hecho.

Habiendo comulgado cierta mañana la sierva de Dios, tornó á mostrársele la Santísima Virgen con semblante alegre y festivo. Entonces aprovechó la ocasión para decirle: —Señora, vuestra esclava, que vino al parecer para curarse en Palermo, pero en realidad de verdad obedeciendo á vuestras insinuaciones, encuentra que vuestra sagrada imagen no ha salido como me la habíais ordenado. Tanto yo como el religioso por quien os supliqué, estamos afligidísimos y no sabemos qué hacer. Decídnos, Reina del Cielo, cuál es vuestra voluntad soberana, y favorecednos con vuestros oráculos, para que sepamos si os agrada que vuestra imagen se pinte de nuevo de aquella manera que os dignasteis significarme desde un principio.— La Virgen, con un

semblante entre serio y amable, respondió que era extraño que después de tantas pruebas de su agrado aún se dudase de su voluntad. Dile de mi parte al Misionero, añadió, que no sólo me place, sino que ordeno se haga nuevo retrato, según el primer diseño. Y tú, hija mía, ten entendido que ésta era la obra de mi gloria para la cual te necesitaba en Palermo.

Sabedor de lo ocurrido el P. Genovessi, persuadió á la sierva de Dios obtuviese de la Santísima Virgen el favor de hallarse presente con ella á la segunda pintura. Tras reiteradas súplicas le fué otorgada la gracia pedida, pues apareciéndosele María, le dijo: —Vete al pintor que actualmente pone manos en la obra: allí me hallarás, pero sólo seré visible á tí; y mientras que tú, teniéndome delante de los ojos, instruyes con la voz al pintor, yo dirigiré invisiblemente su pincel. Acabado el cuadro, todos entenderán que belleza tan acabada y tan perfecto colorido se deben á inteligencia más que humana.—Trasládose ella sin tardanza á casa del pintor; y al levantar los ojos vió en frente de sí á la Virgen con el mismo semblante, traje y actitud en que se le descubrió la vez primera. Guiado, pues, el artista por las indicaciones de la religiosa, que tenía delante el celeste original, y dirigiéndole María invisiblemente el pincel, trazó un cuadro tan bello y exacto que la misma Señora lo aprobó, y levantando sus virginales manos le bendijo, siendo esta bendición el feliz augurio de los celestiales favores que los fieles obtendrían con su veneración.

Según el ilustrado autor del Año cristiano mejicano, el maravilloso retrato de la Madre Santísima de la Luz fué pintado en 1722 cuando el P. Genovessi contaba treinta y ocho años de edad y diecinueve de Compañía.

Este buen Padre empezó un curso de misiones en la isla de Sicilia llevando la maravillosa pintura, y se



realizaron conversiones verdaderamente milagrosas. Escena edificante era ver las muchedumbres que salían á recibir á la Madre Santísima de la Luz, que en devota procesión y escoltada por sacerdotes y autoridades, hacía su entrada triunfal en el pueblo que tenía la suerte de ser favorecido con la gracia extraordinaria de la misión. Se la colocaba en el altar mayor bajo elegante dosel, donde recibía los suspiros y las lágrimas y jaculatorias que le dirigían las almas heridas por la espada de la palabra de Dios. En todos los pueblos misionados dejaba una copia de la maravillosa pintura, satisfaciendo así la devoción de los fieles que se sentían inflamados en amor á la celestial Reina.

Los beneficios otorgados por la Virgen Santísima no se limitaban al orden espiritual, sino que abrazaban también las necesidades temporales de los fieles. Incalculables son las curaciones que se dicen obtenidas por su intercesión. Entre estos beneficios temporales figura la paz que alcanzó toda la isla; pues llegó á ocupar pacíficamente el trono de Nápoles el hijo de Felipe V é Isabel Farnesio, que más adelante fué rey de España con el nombre de Carlos III.

El culto á la Madre Santísima de la Luz se extendió á varias ciudades de Italia; propagándose además en España y sus colonias. En Méjico señaladamente adquirió grande incremento merced al celo de los Jesuitas. En Yucatán trabajó con ardor apostólico el P. Francisco Javier Gómez, ocupándose en el ejercicio de las misiones por espacio de 34 años. Tenía por patrona de ellas á la Madre Santísima de la Luz, cuya imagen exponía con provecho á la veneración de los fieles. Otro tanto hacía en la capital el P. Miguel Castillo.

## IV

## LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ EN LEÓN

En 1707 abordó á las playas de Méjico el R. P. José María Genovese, natural de Palermo de Sicilia y vástago de familia nobilísima.

Después de una niñez candorosa é inocente y de haber cursado los estudios preparatorios, ingresó en la Compañía de Jesús en su mismo pueblo natal el 24 de Mayo de 1699. En Nueva España se dedicó primero á las misiones, y luego fué nombrado maestro de novicios de Tepotzatlán, desempeñando este espinoso cargo con singular acierto. Mereció la gracia regaladísima de que la Inmaculada Virgen María se le apareciese en actitud de cobijarle bajo su sagrado manto en unión de sus novicios acariciándolos á todos tiernamente como Madre dulcísima. Por sus virtudes sólidas y por sus raptos se le ha dado el calificativo de extático.

Á manos de este santo varón llegó el cuadro original de la Madre Santísima de la Luz. Deseando con amorosas ansias que esta bellísima imagen, tan estimada en Sicilia, lo fuese también de los fieles mejicanos, resolvió hacer merced de ella á alguna de las casas que la Compañía de Jesús tenía en Nueva España. ¿Cuál será la preferida? Por muchos títulos eran dignas de este honor la iglesia de la Profesa de Méjico y algunas otras de glorioso renombre. Mas el P. Genovese, sin dejarse llevar de la inclinación natural, quiso que el cielo decidiese por medio de la suerte. Sorteáronse, pues, todas las iglesias de la Compañía de Jesús en su provincia de Méjico, y cayó la suerte al novísimo hospicio de León, que apenas llevaba un año de fundación. Repitióse segunda y tercera vez el sorteo, y la iglesia de León fué siempre la favorecida.